

to, por leve que sea; movimiento activo, quiero decir; porque el pasivo, que puede resultar de algun impulso externo, ya se ve que nada significa. Digo que esta observacion se haga mientras aquellas operaciones, no porque no se pueda, y aún deba hacer ántes y despues de ellas, sino porque hay más esperanza de algun movimiento cuando se trabaja por excitar los espíritus.

La cuarta, que notado algun movimiento, gesto ó ademan, por leve que sea, se le procure animar con un poco de vino generoso, y aún pienso que sería mejor aguardiente ú otro licor de los más espirituosos.

La quinta, que el enfermo se mantenga en la cama arropado como estaba ántes, y de ningun modo se exponga á un ambiente frio, que podría acabar de extinguir el poco calor, que acaso le ha restado. Esta advertencia es de monsieur Vinslow.

La sexta, que en tiempo frio no se recele suspender el entierro cuarenta y ocho ó cincuenta horas, salvo en tiempo de peste, no siendo razon, por la vida incierta de uno, exponer la de muchos. Pero aún en tiempo de peste debe velar el magistrado sobre que no se precipiten tanto los entierros, como por la mayor parte entiendo que acontece; porque los que profesan el oficio de sepultureros son, comunmente, gente de un desembarazo medio brutal, á quienes, ya el propio genio, ya el calor que les da el vino, inspira una inconsideracion bárbara en tales ocasiones. Pero los más aptos para precaver las peligrosas aceleraciones de los entierros, y en quienes debe poner su principal confianza para este efecto el magistrado, son los caritativos religiosos y sacerdotes, que voluntariamente exponen sus vidas por prestar los socorros espirituales y temporales á los enfermos, en aquel tiempo calamitoso.

Resta ahora hablar de los ahogados, que merecen particulares atenciones, porque son muchos, y estoy en juicio de que se puede salvar una gran parte de ellos, sugiriéndome esta buena esperanza, ya la noticia de no pocos que se han salvado, ya la experiencia de los remedios con que lo lograron. Pero ántes de explicar cuáles son éstos, importa avisar que el que comunísimamente se usa, de suspender piés arriba y cabeza abajo á los ahogados, para que vomiten el agua que han tragado, es enteramente inútil, y puede ser pernicioso.

Los que ejecutan esto suponen que los sumergidos pierden la vida porque los sofoca la mucha agua que por la áspera arteria les entró al pulmon. Pero esto es lo que puntualmente ha mostrado la experiencia ser falso. Lo que resulta de las disecciones de ahogados, que hicieron varios anatómicos, como Bekero, monsieur Litre, Senac, y últimamente Bruhier, es, que no se les halló agua en el pulmon sino alguna vez rara; pero esa rara vez tan poca, que era muy insuficiente para sofocarlos, y que, aún en el estómago, muy pocas veces se ha hallado algo considerable cantidad. Pero la de el estómago no hace al caso; pues se sabe que algunos beben voluntariamente tanta cantidad de agua ó vino, cuanta les cabe en el estómago, sin riesgo de sofocacion. Monsieur Bruhier explica anatómicamente el mecanismo por el cual la agua no puede introducirse al pulmon. Asimismo deduce de la anatomía, que la sus-

pension de el cuerpo piés arriba y cabeza abajo puede impedir ó retardar la circulacion de la sangre, de modo, que quite la vida á quien la sumersion no habia privado de ella.

Si esto, pues, no es sólo inútil, sino peligroso, ¿qué es lo que se debe hacer? En el discurso vi de el tomo v de el *Teatro critico* (*), propuse el remedio que enseña Lucas Tozzi, con las mismas palabras de este autor, y allí se pueden ver. Tengo la satisfaccion de que con aquella receta, en la forma que en el citado lugar está estampada, se salvaron el ciego de Pamploña y la niña de Estella, de quienes hablé arriba. La práctica que aconsejan monsieur Vinslow y monsieur Bruhier coincide á lo mismo. Dicen que se hagan friegas en las espaldas con paños y lienzos calientes cuanto se pueda, unos y otros embebidos en licores espirituosos; que al mismo tiempo se comprima el vientre, procure el vómito, se haga alguna irritacion en la garganta, se use de esternutatorios de humo de tabaco, introducido en los intestinos, la aplicacion al fuego, pero paulatinamente, y no mucho calor de golpe; baños calientes, sangría, y últimamente se procurará tener al enfermo bien abrigado y en una situacion cómoda para lograr el beneficio de la respiracion.

La muchacha de Cluni, de quien escribí arriba, que la sacaron despues de estar más de dos horas en el agua, se restableció por diferente medio. Formaron como un lecho de ceniza desecada al fuego, por ser el tiempo á la sazón muy húmedo y lluvioso; y puesta una cobertura encima, colocaron sobre ella la muchacha, la cual, á media hora que estuvo en este baño de ceniza, empezó á explicar el pulso y la voz. Diéronle una cucharada de clarea, dos horas despues un caldo, y dos dedos de vino sobre él. Tuviéronla ocho horas sobre el referido lecho de ceniza, en el cual se restableció enteramente. Monsieur Garnier, que dió noticia de este hecho, cuatro años despues, á la academia de Leon, bien certificado de su verdad, dijo, que la muchacha gozaba entónces de muy buena salud; explicó filosóficamente, en presencia de la Academia, la causa de el fenómeno; añadiendo, como ilacion legitima de su discurso, que usando de sal marino en vez de la ceniza, se lograría más prontamente el mismo efecto.

Sería muy conveniente al público que los médicos y aún algunos particulares solicitasen de París (en caso que no estén venales en Madrid) los dos tomos de monsieur Vinslow, traducidos y aumentados por monsieur Bruhier, para usar de sus instrucciones, no sólo en los casos de sofocacion, mas en todos los demas en que algun accidente, de cualquiera naturaleza que sea, mueve la duda si el sugeto está vivo ó muerto. La adquisicion de estos libros en cualquiera médico, á quien es posible, puede considerarse como obligacion de justicia; en los particulares, sólo como acto de caridad.

El logro de el fin que me movió escribir esta carta, espero, despues de Dios, de vuestra señoría ilustrísima, cuyo santo celo me es tan conocido como su consumada

(*) Señales de muerte actual, página 251. (V. F.)

prudencia para dirigir las acciones que inspira el celo. La divina Majestad conserve á vuestra señoría ilustrísima muchos años, no sólo para el bien de su diócesi,

mas tambien para el de otras muchas, en cuyos prelados puede tener un grande influjo su buen ejemplo. Oviedo, etc.

VENTAJAS DEL SABER.

IMPÚGNASE UN TEMERARIO, QUE Á LA CUESTION PROPUESTA POR LA ACADEMIA DE DIJON, CON PREMIO AL QUE LA RESOLVIESE CON MÁS ACIERTO, «SI LA CIENCIA CONDUCE Ó SE OPONE Á LA PRÁCTICA DE LA VIRTUD»; EN UNA DISERTACION PRETENDIÓ PROBAR SER MÁS FAVORABLE Á LA VIRTUD LA IGNORANCIA QUE LA CIENCIA.

Reverendísimo padre maestro.

Muy señor mio: Ya tenía casi enteramente olvidada la especie sobre que vuestra reverendísima me escribió algunos meses há, de el autor, que en un discurso á la cuestion propuesta por la academia de Dijon, si el restablecimiento de las ciencias y las artes contribuyó para mejorar las costumbres, procuró probar, que en vez de mejorarlas, las habia empeorado, extendiendo su empeño á la generalidad de que en todos tiempos han producido las ciencias y las artes este pernicioso efecto. Digo que ya tenía casi enteramente olvidada esta especie, cuando oportunamente, para restablecermela en la memoria, llegaron á mis manos los cinco tomos de el año de 51 de las *Memorias de Trevoux*, que vuestra reverendísima tuvo cuidado de enviarme, por haber hallado en el segundo tomo, artículo 29, perteneciente al mes de Febrero, un extracto y crisis de dicho discurso, aunque uno y otro mucho más ceñido de lo que yo quisiera. Asimismo en el quinto tomo de el mismo año, artículo 127, leí otro extracto de la respuesta que dió el autor de la disertacion á no sé qué escrito que habia parecido contra él, y uno y otro me dan bastante luz para conocer de qué armas usa, y de el rumbo por donde navega.

Acuérdome ahora de que cuando vuestra reverendísima me dió la primera noticia, me escribia, que habia admirado mucho que aquel escritor hubiese emprendido tal asunto, y yo digo que á mí me sucede lo mismo. Pero añado, que mucho más admiro que la Academia le hubiese conferido el premio destinado al que mejor escribiese sobre la cuestion propuesta (*). Yo me imagino que el autor no creia lo mismo que intentaba persuadir. A más me avanzo: acaso ni pretendia que otros lo creyesen.—Pues cuál sería su intento?—Quería que creyesen que era muy ingenioso, viendo que tenía habilidad para hacer probable una extravagante paradoja, lo que con ese mérito solo nunca logrará conmigo; porque no tengo ni tendré jamas por hombre de buen entendimiento al que en lo que escribe ó

(*) Dijon está en Francia. Si tan descabellada Memoria hubiera sido premiada por una academia española, ¿qué cosas no se hubieran dicho de nosotros? (V. F.)

discurre, no aspira á descubrir la realidad de las cosas. La verdad es tan hermosa, y la mentira tan fea, que el que tiene la vista intelectual tan aguda, que percibe con toda claridad la belleza de la una y la deformidad de la otra, creo que, aún esforzándose á ello, no podrá volver la espalda á la primera para abrazar la segunda. Ni hay que oponerme á esto la experiencia de no pocos agudos nada sinceros. Yo he conocido algunos de esos agudos (digo, respetados como tales), ya conversando con ellos, ya leyendo sus escritos, sin ver en sus discursos y pensamientos más que una mera superficialidad sin fondo alguno: travesean, no discurren; enredan, no tejen. Lucen, porque alucinan; pero ¿con quiénes lucen?—Con los que no disciernen entre el oro y el oro, entre un trocito de vidro y un diamante; con los que equivocan la corteza de los objetos con la médula. Pero vamos ya á la disertacion académica.

Yo no sé con qué ojos la miró aquella Academia para decretarle la corona; porque todo lo que veo en ella es debajo de un estilo declamatorio, visiblemente muy afectado, una continuada sofisteria, en que tiene el principal lugar aquel error lógico, que consiste en tomar *non causam*, *pro causa*, junto con la inversion ó uso siniestro de las noticias históricas, que hacen toda la substancia de sus pruebas. Haré demonstracion de una y otro, empezando por lo primero que me pone á la vista el extracto hecho por los autores de las *Memorias de Trevoux*; pero advierto, que desde aquí la carta ya no es para vuestra reverendísima, á quien su superior erudicion hace superfluo cuanto yo puedo discurrir sobre esta materia, sino para otros ménos instruidos, á quienes se podrá comunicar.

Pretende el autor de la disertacion mencionada arriba, que la decadencia de la virtud de los romanos, considerados en los primeros tiempos de la república, á la relajacion de costumbres que la historia nos representa en los últimos, provino únicamente de la introduccion de las ciencias y artes de la Grecia en Roma.

Y se debe advertir, que esta contraposicion de virtudes y vicios sólo la expresa el autor, cotejando la austeridad, moderacion y pobreza con que vivian, y con que se contentaban los primeros romanos, con el lujo, esplendor y magnificencia en que se engolfaron sus su-

cesores. Y aún cuando concediésemos eso, ¿qué se seguiría de ahí? Que éstos tuvieron ese determinado vicio, de que carecieron aquellos; lo cual en ninguna manera decide de la virtud de los primeros, y de la absoluta corrupción de los segundos; porque pudo muy bien haber compensación de aquellos á éstos en otros vicios que reinaron en los anteriores, y se corrigieron en los sucesores; pues no en un vicio solo consiste la nequicia, ni en una sola virtud la santidad.

Pero aún el asunto mismo es falso; esto es, que esa corrupción de los romanos tuviese por causa la comunicación de las ciencias y artes de los griegos. La causa de el lujo de los romanos fué la misma que siempre lo fué en otros pueblos: la riqueza. Esta entró en Roma ántes que la ciencia. Los inmensos tesoros de Perséo, rey de Macedonia, que trajo su vencedor Paulo Emilio, y los opulentísimos despojos de Cartago, que, con total ruina de aquella ciudad, lograron los romanos en la tercera guerra púnica, éstos, éstos fueron los que introdujeron en Roma el lujo, la pompa, la magnificencia. Dijo muy bien el abad Mabli, en sus *Observaciones sobre los romanos*, que éstos fueron virtuosos miéntras guerrearon con otros pueblos tan pobres como ellos, y dejaron de serlo desde que empezaron á triunfar de los ricos, porque trasladaron á Roma sus riquezas. Y si este autor moderno hiciere poca fe, no puede ménos de hacer mucha el grande historiador de las cosas romanas, Tito Livio, que en las riquezas conoce la única causa de la corrupción de aquellos republicanos: *Nuper divitiarum avaritiam, et abundantes voluptates, desiderium per luxum, atque libidinem pereundi perdidit omnia invexere.* (Decad. 1, libro 1.)

Y quisiera que el autor me respondiese á este argumento: si la ciencia de los griegos hubiera influido el lujo en los romanos, promoverían y fomentarian ese lujo los romanos más doctos y más cultivados con las letras griegas. Bien lejos de hacerlo así, éstos eran los que más fuertemente le disuadían y declamaban contra él. Tengo presentes los que se siguen. Salustio, aunque de bien malas costumbres, es un rígido predicante contra el lujo, por lo que dijo de él Lactancio: *Salustius homo nequam, sed gravissimus alienarum luxuriarum oburgator.* Ciceron, el gran Ciceron, en el libro 11 *De officiis*, condena todos los gastos de pompa, y quiere que los ricos expendan lo que les sobra únicamente en el socorro de los indigentes. Tito Livio, desde el principio de su historia, llora amargamente el desperdicio y suntuosidad romana. Plinio el mayor, en muchas partes de la suya, hace lo mismo. Si los doctos de Roma improbaban el lujo, no provino éste de la ciencia.

Y ¿qué resultará si cotejamos los doctos romanos con sus émulos, los indoctos cartagineses? ¿La crueldad y perfidia púnica no se había hecho proverbio entre los antiguos? ¿De qué venía, sino de su ignorante estupidez, tanta efusión de sangre humana en obsequio de Saturno? Doscientos niños nobles sacrificaron en una ocasión. En la batalla que les dió Gelon, rey de Sicilia, Amilcar, hijo de Hannon, que era el general cartagines, todo el tiempo que duró el combate, que fué desde el amanecer hasta la tarde, estuvo sin cesar arrojando hombres vivos en las llamas para obtener el favor

de su deidad. Pero todo esto no era nada, y ¿querrá el autor que respetemos como virtuosos los ignorantes cartagineses, sólo porque no gastaban la pompa y fausto que los cultos romanos?

En el cotejo que hace el autor de los atenienses con los espartanos, da á entender también que no conoce en los antiguos otra virtud que la moderación en el gasto, ni otro vicio que la magnificencia; pues sólo por aquella virtud quiere representar á Esparta casi como una república de santos, y á los atenienses como enteramente viciosos; proviniendo lo segundo, según el autor, de lo mucho que se cultivaban en Atenas las ciencias y las artes; y lo primero, de que unas y otras estaban enteramente desterradas de Esparta, conforme á las leyes, que en aquella república había establecido Licurgo.

Mas qué virtud era la de los lacedemonios? La suprema barbarie. Voluntariamente pasaban una vida áspera y durísima. Esto para qué? Para hacerse tolerantes de todos los trabajos y accidentes de la guerra, y aún de la misma muerte; de modo, que sólo con el fin de dañar á otros se maltrataban á sí mismos. Así no es mucho que sucediese lo que dice Aristóteles, que todos sus vecinos eran sus enemigos: *At Lacedæmoniorum vicini omnes inimici erant.* (Libro 11, *Politica*, capítulo VII.) ¿Cómo no habían de ser todos enemigos de quienes parecían serlo de todo el género humano? Batallaban intrépidamente, y la causa dió un ateniense diciendo, que se exponían con gusto á la muerte, porque los libraba de una misérrima vida. Era muy frecuente atormentar con cruellísimos azotes á los muchachos, tal vez hasta hacerlos exhalar el alma en las aras de su inhumanísima Diana, presentes sus madres, y exhortándoles á no dar la más leve señal de sentimiento. Si así trataban los hijos, ¿cómo tratarían los esclavos, que lo eran todos los prisioneros de guerra? De una vez, á sangre fría, con un vano pretexto mataban dos mil. Y ¿qué diré de la brutalidad de matar, por ley establecida para ello, á todos los recién nacidos, en quienes no veían traza de lograr con el tiempo la robustez necesaria para la guerra? Brutalidad la llamé; pero qué bruto hay que haga otro tanto? Por otra parte, la relajación de las mujeres, autorizada por las leyes, contra el pudor propio de el sexo, estaba en el más alto grado. Enteramente desnudas luchaban unas con otras á la vista de todo el pueblo. Esto en Platon y otros lo leemos, y Aristóteles, en el lugar citado arriba, dice de ellas: *Vivunt enim molliter, et ad omnem licentiam dissolutæ.* Omito otro vergonzosísimo abuso practicado en sus matrimonios.

Ésta era la virtud de los espartanos, ó lacedemonios, de la cual se hace panegirista el autor de la disertación. La inhumanidad más fiera, la crueldad más bárbara, la más asquerosa impudicia eran las loables costumbres, que debían á la total ignorancia de artes y ciencias. Supongo que tampoco eran santos sus rivales, los atenienses (¿cómo lo habían de ser unos idólatras!), pero tampoco eran unas bestias carnívoras, como los espartanos, sino hombres. Monsieur Rollin observó, que aún con sus esclavos eran muy benignos, y que esta índole dulce debían á la cultura de las ciencias.

No con más felicidad, ni con más fidelidad, usa de otros puntos históricos el autor de la disertación, para su intento. Pero lo más extraño es, que quiera aprovecharse de el ejemplo de Cristo, Señor nuestro, que tratando de plantar el Evangelio en el mundo, lejos de buscar hombres sabios para este efecto, tomó por instrumentos suyos unos ignorantes pescadores; pretendiendo inferir de aquí, que la ignorancia conduce á la reforma de costumbres, á la religión, á la piedad, y por consiguiente, descamina de ellas la ciencia. ¿Cómo he de creer que el autor tuvo ésta por una prueba seria de su asunto? ¿Ignoraba por ventura lo que sabe todo el mundo: que ésta fué una máxima celestial de nuestro gran Maestro, fundando en ella la prueba más concluyente de la divinidad de su doctrina? ¿No leyó ú oyó aquella sentencia de san Pablo, 1, *Ad Corinth.*, capítulo 1: *Quæ stulta sunt mundi elegit Deus, ut confundat sapientes: et infirma mundi elegit Deus ut confundat fortia.* Escogió Dios para la conversión de el mundo unos hombres ignorantes, y sobre ignorantes, débiles y pobres. Si hubiese aplicado á este fin los más sabios filósofos y más elocuentes oradores de la Grecia, ó algunos príncipes grandes, pues fácil le era uno y otro, dirían los infieles, que, ó ya la sofística agudeza de el raciocinio y la ilusoria seducción de la elocuencia habían imbuido á pueblos simples de una religión falsa, ó ya que la fuerza insuperable de el poder violentamente los había arrastrado á ella, como, al contrario, la providencia de el Salvador en emplear á tan alto fin hombres ignorantes y pobres cortaba todo efugio á la impiedad.

Fuera de esto, aunque los apóstoles, al tiempo que el Redentor los llamó, eran ignorantes, después que empezaron á ejercer el ministerio de la predicación, en las ocasiones en que los cuestionaban sobre la doctrina, se hallaban ilustrados de una ciencia muy superior á la humana, cumpliendo su Maestro con la promesa que les había hecho de socorrerlos en esos lances con una elocuencia y una sabiduría, á quienes no podrían contradecir ó resistir todos sus contrarios. (Lucas, capítulo XXI.) Fuera de los casos de disputa, el don de los milagros era más apto para persuadir los hombres, que toda la sutileza de los filósofos y toda la elocuencia de los oradores. ¿No es lástima ver usar de un tal argumento para probar que la ignorancia es favorable, y la ciencia contraria á la virtud?

Peró no son mucho mejores los demás que toma de la historia. Después de lamentar las turbaciones que padeció la Iglesia en algunos siglos, cerca de el décimo de el cristianismo encuentra una época felicísima para ella. «En fin, dice, las cosas tomaron una situación más tranquila hácia el décimo siglo; la antorcha de las ciencias cesó de alumbrar la tierra.» Que en aquel tiempo la ignorancia, así en los eclesiásticos como en los seculares, era mucha, ó digámoslo más templadamente, había ménos ciencia que en otros, es cierto. Aún cuando ése fuese un tiempo muy sereno para la Iglesia, pudieron concurrir otras causas para la pretendida serenidad, y siempre sería una gran voluntariedad suponer por única causa de ella la extinción de la luz de las ciencias. Pero que entonces gozase la Iglesia alguna considerable tranquilidad, es falso. Tome-

mos por lo que llaman *hácia el décimo siglo*, ó cerca de el décimo siglo, la segunda mitad de el noveno. Y ¿qué tranquilidad gozó la Iglesia en aquel tiempo más que en otro? No la veo. La mayor parte de ese tiempo tuvo el cismático Focio con sus artificios, embustes, y el apoyo de algunos emperadores de el Oriente, revuelta toda la Iglesia oriental y conturbada la occidental. Apenas otro alguno heresiarca dió tanto en que entender á los pontífices romanos.

¿Cuántos pesares dieron dentro de ese término el emperador Ludovico II y Lotario, rey de Italia, á los papas Nicolao I y Adriano II? Al mismo tiempo de la consagración de este segundo, ¿no entró á mano armada Lamberto, duque de Spoleto, en Roma, y la llenó toda de raptos y sacrilegios? El mismo Lamberto, en otra irrupción que hizo en Roma, ¿no tuvo al papa Juan VIII encarcelado en la iglesia de San Pedro, y aquel templo, por espacio de un mes, privado de todo oficio divino y aún de luz? Los sarracenos ¿no corrieron entonces libremente por la Iglesia, apoyados de algunos príncipes cristianos de aquella region, hasta las puertas de Roma, de modo, que al papa Juan VIII obligaron á pagarles anualmente veinte y cinco mil marcos de plata? El papa Leon V ¿no fué arrojado de la silla y puesto en prisión por un presbítero, llamado Cristóforo, que se intrusó en el sòlio pontificio, y después fué ignominiosamente precipitado de él, y encerrado en un monasterio? ¿No se dió dentro de ese mismo espacio de tiempo aquel grande escándalo á la Iglesia, de hacer el papa Stéfano VII desenterrar á su antecesor Formoso, llevar al cadáver á juicio, y hacerle cargos como si estuviera vivo, condenarle como usurpador de la silla apostólica, cortarle tres dedos y la cabeza, arrojarle al Tíber, y dar por nulas todas sus ordenaciones? Es verdad que este escándalo tardó poco en repararse, sucediendo en la silla pontificia Teodoro II, que restituyó solemnemente á la sepultura el cadáver de Formoso, hallado por unos pescadores, y restableció los eclesiásticos ordenados por él y depuestos por Stéfano. Mas el escándalo apagado presto volvió á revivir con la elevación de Sergio III al pontificado, que se declaró contra Formoso, y aprobó los procedimientos de Stéfano VII contra él; aunque esto, á la verdad, ya fué dentro de el siglo X; mas tan á los principios, que no hubo lugar á que se encendiesen nuevas luces á reemplazar las que nuestro autor de la disertación, con tanto consuelo suyo, contempló ántes extinguidas (*).

Mas, ya que entré en el siglo X, aquí he de deber que descanse un rato mi memoria al doctísimo maestro agustiniiano Enrique Florez, restándome sólo el trabajo de copiar un pasaje suyo, en que, con la enérgica discreción que le es tan propia, y con aquella libertad, no audaz, pero generosa, que inspira á los buenos escritores el noble amor de la verdad, pinta lo mucho que en este siglo padeció la Iglesia, y lo que, bien lejos de provenir de haberse encendido las luces de

(*) Omite aquí el PADRE FEIJOO la suplantación de las falsas decretales y fabricación de otros muchos documentos apócrifos, hijos de la ignorancia de aquel tiempo y de que aún no se ha limpiado la historia por completo. (V. F.)

las ciencias, procedió, según el sabio agustiniano, de la profundísima ignorancia que tuvo oscurecida la Iglesia y el mundo en este siglo. Así dice en su *Clave historial*, al empezar la enumeración de los papas que reinaron en dicho siglo:

«Aquí debo volver á prevenir lo que al fin de los papas precedentes. Es este infeliz siglo plana muy principal de el de hierro, de plomo y aún de escoria. Reinó en él la discordia en el imperio, el desórden en los ministros de la Iglesia, y la ignorancia en tantos (*cuenta con las palabras siguientes*), que casi no sabían latín, ni qué cosa eran letras, sino los que habitaban en los claustros. Los libros eran también rarísimos, por haberse quemado con los pueblos, á que Marte puso fuego; y como no había el arte de la imprenta, sólo se dedicaban á aumentar ejemplares los que estaban retirados en sus celdas.

«El infeliz desórden de los papas provino de el poder temerario y ambiciosas sediciones de los príncipes, con que cada uno quería introducir á quien quería; y turbada la libertad de el clero para sus elecciones, se veían precisados á admitir lo que, si no, ocasionaría el mal mayor del cisma. Reinaba sobre la fuerza de Marte la de Vénus; y mandando las Teodoras y Marocias á los sumos, se desmandaron los medios hasta lo ínfimo. Las madres malas engendraban unas hijas peores; y mezcladas madres é hijas con unos padres, que sólo debían serlo de el espíritu, llegó á profanarse tanto la integridad de el cánón, que se casaban con públicas amonestaciones los canónigos. Oh tiempos! ¡Oh costumbres!» etc.

Toda la historia eclesiástica atestigua muy por extenso lo que el padre maestro Florez, en compendio, nos dice de las infelicidades de la Iglesia en el siglo x, y aún ésas se extendieron hasta la mitad de el xi, desde cuya mediedad volvió á recobrar su decoro la silla pontificia. Sobre que me parece oportuno hacer la advertencia de que en esa mitad segunda de el siglo xi, en que la Iglesia se restableció en su antigua dignidad, reinaron cinco monjes benitos: Estéfano X, Gregorio VII, Víctor III, Urbano II y Pascual II. Pero ¿á qué viene esto? Derechamente al asunto que se cuestiona. El padre Florez acaba de decirnos, como causa de los gravísimos desórdenes de aquella edad, que era tanta la ignorancia que reinaba en ella, «que casi no sabían latín, ni qué cosa eran letras, sino los que habitaban en los claustros.» Duraron, pues, los males de la Iglesia una gran parte de el siglo ix, todo el siglo x y la mitad de el xi; porque todo ese tiempo duró la ignorancia de las letras, y ésta duró hasta que trataron los romanos de buscar para ocupar el sólo pontificio los que habitaban *los claustros*, donde en todos tiempos se conservaron las letras.

De todo lo dicho se infiere, que el autor de la disertación todo lo trastorna, y tan desacertado es en la crítica, como nada atento á la verdad de la historia; pues para fundar el honor crítico de que la ignorancia es útil á la Iglesia, supone el error histórico de que ésta nunca se halló mejor que en aquel tiempo en que más destituida estuvo de ciencia; cuando acabamos de ver que ése fué el tiempo más calamitoso para ella; como, al con-

trario, empezó á convalecer de sus males desde que al trono pontificio empezaron á subir las ciencias.

No hay que temer que nuestro disertador deje de ir consiguiente en su crítica inversa. Constante sigue el mismo camino, ó por mejor decir, el mismo descamino; pues como en la extinción de la luz de las letras hácia el siglo x soñó la felicidad de la Iglesia, en la reviviscencia de ellas, á mediado el xv, encuentra su desdicha. Habiendo la conquista de Constantinopla hecho á Mahometo II dueño de todo el imperio griego, Juan Lascaris, Chysoloras, Teodoro Gaza y otros sabios de aquella nación, en la cual se conservaban unos buenos restos de su antigua literatura, cuando por acá el gusto de las buenas letras enteramente estaba perdido; fugitivos de la dominación otomana, por la generosidad de los Médicis, hallaron en Italia un honrado asilo, con cuya ocasión esparcieron en ella su amena erudición, que después se comunicó á la Francia y otras partes. Pues esta restauración de las letras pretende nuestro autor, que indujo una gran corrupción en las costumbres; pero sin más prueba que algunas declamaciones contra vicios determinados, que si los hay hoy, siempre los hubo, ó si crecieron en este tiempo, se compensó su aumento con la disminución de otros más graves que dominaron ántes.

Mas ¿cómo es posible hacer tanteo de la altura que adquirieron ó perdieron los vicios en la restauración de las letras? En las historias se hallarán materiales sobrados para dar alguna apariencia de verdadera á cualquier opinión que se quiera seguir sobre este asunto, y será á cada uno muy fácil hacer un gran libro, amontonando aquellos que favorecen su partido, y omitiendo los que pueden servir al opuesto. Por lo que yo, abandonando una discusión prolija, á quien no es posible señalar término, sólo propondré dos observaciones sobre ciertos puntos principalísimos, por los cuales se puede formar un concepto razonable de cuál de los dos tiempos fué más favorable á la virtud y á la tranquilidad de la Iglesia, si el anterior ó el posterior á la reviviscencia de la literatura.

La primera observación que hago es sobre la cosecha de santos canonizados que tuvo la Iglesia en uno y otro tiempo. También sobre este asunto debo un poco de descanso al padre maestro Florez, que me ahorró el trabajo de examinar las bulas de canonización con el catálogo que en su *Clave historial* hizo, de los correspondientes á cada siglo. Supongo que la semilla de literatura, que esparcieron los doctos fugitivos de la Grecia, recogidos en la Italia, pasado ya algo más de la mitad de el siglo xv, aunque en el espacio que restaba de él, que respecto de el mucho cultivo que pide esta especie de producción fué poco tiempo, no fructificaría mucho, daría más amplia cosecha en el siglo xvi, en que de la Italia se esparció á otros reinos. En este siglo, pues, tuvo la Iglesia diez y ocho santos canonizados, que enumera el padre Florez. En el xv hallo rebajados tres de este número. En el xiv, que es anterior al restablecimiento de las letras, ya no son más de siete. Es verdad, que el siglo anterior fué más abundante. Mas, como yo no establezco alguna precisa conexión entre la virtud y la ciencia, ántes conozco que Dios, como dueño soberano, puede distribuir una y otra, ó agregándolas ó separándolas,

según su arbitrio, este reparo nada me embaraza. El autor de la disertación, que imagina uno como natural influjo de la ignorancia en la virtud, tendrá más que hacer para sacudirse de el argumento que le hago con esta primera observación.

La segunda mira á comparar en órden á la tranquilidad de la Iglesia los dos tiempos, el anterior y el posterior á la introducción de la cultura griega. Esta observación es muy de el caso contra el autor de la disertación, que por todo pasa en obsequio de la tranquilidad de la Iglesia; pues ya hemos visto que por juzgar que gozó algún sosiego, y lo juzgó mal, en los siglos ix y x, se le representó entonces muy feliz, despreciando, como si fuesen venialidades, los portentosos horrores y abominaciones que sufrió en aquel tiempo.

Vamos, pues, al caso. Lo que sobre todo descompone la tranquilidad de la Iglesia son los cismas que excitan los antipapas. Digo que *excitan los antipapas*, porque cuando alguna provincia ó reino se separa de el cuerpo de la Iglesia, aunque en esta cause alguna conmoción al principio, luego recobra su sosiego. Pero cuando se levanta algún *antipapa* á disputar la silla pontificia, ó entre algunos concurrentes se excita la cuestión de cuál es el legítimo papa, ésta es una molesta guerra civil, una enfermedad radicada en las mismas entrañas de este cuerpo místico, que causa y conserva una grande alteración en los humores, hasta que la contienda se termina. Ahora bien: desde que la literatura griega se introdujo en la Iglesia latina, hasta ahora, no hubo en ella cisma alguno; pero por espacio de setenta años que precedieron esa introducción, la afligió imponderablemente y tuvo en una tristísima conturbación aquel lastimoso cisma, que empezó en la elección de Urbano VI y duró hasta la de Nicolao V.

Puede ser que el disertante quiera imputar á la literatura restablecida algún maligno influjo en la herejía de Lutero, que no muy largo tiempo después tuvo principio. Pero esta imputación será sin fundamento. Lo primero, porque esta herejía no nació en Italia, donde se produjeron y extendieron ántes de el error luterano las buenas letras, sino en Alemania, cuyos habitantes fueron en todos tiempos poco aficionados á ellas. Lo segundo, porque los errores de Lutero, dentro de la misma Alemania, tenían otra raíz muy diversa, que verisimilmente no estaba de el todo extirpada en los delirios de Juan de Hus y Jerónimo de Praga. Convinieron en tantos capítulos los errores de Lutero con los de éstos, que dan motivo á la razonable conjetura de que de los anteriores, no enteramente extinguidos en aquella región, repulularon los posteriores. Lo tercero, porque en la primitiva Iglesia no hubo esa profana literatura que el disertante condena como opuesta á la piedad cristiana; ántes bien reinó entonces aquella amable simplicidad, que él mismo aplaude como aliada de la virtud. Pero no obstante esa santa ignorancia, ¿no hubo herejías y herejías en aquel tiempo? Dígalo Simon Mago, patriarca de la herejía á quien dió nombre. Díganlo Menandro, Saturnino, Basilides, Cerinto, Ebion y Nicolao. Luego sin esa ciencia, que reprueba el disertante, puede haber, y en efecto hubo, no sólo un herejiarca, sino muchos.

No hallo más que oponerme por la paradoja de el disertante; porque en los dos extractos que presentan las *Memorias de Trevoux*, uno de la disertación, otro de la respuesta que dió á una impugnación que se le hizo, no vi otros argumentos en su favor que los que he propuesto. Todo lo demás es hacer ruido con importunas exclamaciones, tan afectadas como el estilo. Pero éstos son argumentos? No los juzgo tales; porque, como he dicho, no hay en todos ellos más que un continuado trastorno de historia y de crítica. Los hechos, ya se ha visto con cuán poca fidelidad están enunciados. Pero aún cuando su relación hubiese sido la más ajustada á la verdad, nada probarían, y aquí está el defecto de la crítica. Porque demos el caso de que en los tiempos y circunstancias que señala el autor simultáneamente concurriesen la luz de las ciencias y la corrupción de las costumbres, no se debiera reputar aquella por causa de ésta. La simultaneidad de existencia de dos cosas no arguye casualidad ó influjo de una á otra, sino cuando aquella simultaneidad es tan constante en todos tiempos, que nunca falta ó se altera. Pero ¿quién tendrá la pretensión temeraria de que nunca se vió la ciencia sino acompañada de la relajación, ó la virtud sino al lado de la ignorancia? Aún cuando esta concurrencia se probase en los pocos casos que señala el autor (lo cual se ha visto cuán ajeno sea de verdad), sería ése un argumento tan feliz, como el que haría alguno que habiendo sabido de dos hombres, que uno de ellos caminaba de día y otro de noche, y que aquel había tropezado y caído ó errado el camino, y éste no, infiriese que las caminatas diurnas son más ocasionadas á tropiezos y errores que las nocturnas. Éste es el error lógico, que ocasiona infinitos en otras materias, por ser muy frecuente el de tomar *non causam pro causa*.

El autor de la disertación, por lo que he visto en los dos extractos, da bastantes señas de no ser tan rudo, que cayese en una inadvertencia de esta clase. Y así, vuelvo á decir, que hago juicio de que no creía lo que intentaba persuadir, y aún acaso que ni lo intentaba persuadir, sino ganar la fama de ingenioso con los que creyesen que en fuerza de una grande agudeza había dado bastantes apariencias de verdad á la más extraña paradoja.

Pero si siente lo que ha escrito, desde luego le intimo que para ir consiguiente debe reconocer á todo el cristianismo muy obligado y agradecido á los bárbaros de el Norte, hunnos, vándalos y godos, que, con sus irrupciones en nuestras provincias, apagaron en ellas las luces de las ciencias; porque, según su sistema, esto fué introducir en ellas la reforma de las costumbres.

Intímole también, que para guardar consecuencia, ya no debe mirar el emperador Juliano Apóstata como perseguidor de la Iglesia, ántes como insigne bienhechor suyo, por el edicto que promulgó, en que prohibía á los cristianos la enseñanza de las escuelas; pues esto, en el sistema de el disertante, era desviarlos de la senda de el vicio, y dirigirlos por el camino de la virtud.

Si me dijere que les prohibiría el estudio de las letras sagradas, mas no el de las profanas, le responderé que está muy engañado. Todo lo contrario. Les prohibió las profanas, y permitió las sagradas. Está clarísimo en el

edicto; porque despues de articular, que pues los cristianos no adoraban los dioses que habian adorado Homero, Hesiodo, Demóstenes, Herodoto, Tucídides, Isócrates y Lisias, no se les debía permitir que leyesen ó interpretasen esos autores; porque es absurdo, decia, que expongan los libros de esos autores los que vituperan los dioses que ellos adoraron: *Quare absurdum est, qui horum libros exponunt, deos vituperare, quos illi coluerunt.*

Ve aquí la literatura profana prohibida á los cristianos. Y la sagrada? Expresamente les es permitida por el mismo edicto. Porque, añade, si en las cosas que enseñan esos autores, y de que ellos (los cristianos) se constituyen intérpretes, juzgan que hay algo de sabiduría, procuren primero imitar la piedad que ellos practicaron con los dioses. Mas si juzgan que esos autores pecaron en el culto de las deidades, en vez de exponerlos en las aulas, vayan á sus iglesias, y allí interpreten á su Lucas y á su Mateo: *Quod si in his que docent, et quorum quasi interpretes sedent, sapientiam esse ullam arbitrantur, studeant primum illorum in deos pietatem imitari. Sin in deos sanctissimos putant ab illis auctoribus peccatum esse, eant in Galilæorum ecclesias* (siempre por derrision llamaba galileos á los cristianos) *ibique Matthæum et Lucam interpretentur.* Con que se ve aquí aquel apóstata, tan detestado como perseguidor acre de el Evangelio, convertido sólo en perseguidor de aquella literatura que se opone á la práctica de la evangélica doctrina, y por consiguiente, acreedor al agradecimiento de todo el orbe cristiano.

Pero ¿qué sintieron los santos padres de el proceder de Juliano? Que por eso mismo que prohibió á los fieles toda profana literatura, su persecucion fué la más acerba y maligna de cuantas padeció la Iglesia. Escúchese sobre el punto al Eximio doctor, tomo IV *De religione*, libro V, capítulo IV, donde, despues de decir que el emperador Licino era tan enemigo de las letras, que las llamaba peste pública, prosigue así: «Pero despues Juliano Apóstata prohibió especialmente á los cristianos el estudio de ellas, aunque no padeció el error de juzgarlas malas ó inútiles para la defensa ó propagacion de la fe; ántes bien, porque las tenía por útiles para este fin usó de aquella diabólica malicia, para extirpar enteramente la religion cristiana, cuyo infensísimo enemigo era, y de la cual habia desertado, volviendo al paganismo. Y así los santos padres juzgan, que fué más acerba aquella persecucion de Juliano que la de los tiranos, que con la violencia y los tormentos querian obligar á los fieles á abandonar la fe.» Lo que inmediatamente confirma con testimonios de Agustino, de el Nacianceno y de Teodoreto.

Más ¿por qué juzgaban los santos padres tan perjudicial á la Iglesia el edicto de Juliano? Porque prohibiendo á los fieles el estudio de las letras humanas, por una parte los hacia ménos hábiles para defender en la disputa la doctrina católica, y por otra les quitaba de las manos las armas con que habian de impugnar la gentilica. Por lo que Rabano Mauro, citado en la glosa ordinaria, compara la malicia de el demonio, cuando por medio de los paganos, de los herejes ó de los falsos cristianos, procura privar de los estudios á los verdaderos fieles á la

militar precaucion de los filisteos, que no dejaron herero alguno en la tierra de Israel, porque no hubiese quien les fabricase armas para su defensa: *Porro faber ferrarius non inveniebatur in tota terra Israel. Cavebant enim Philisthim, ne fortè facerent Hebræi gladium aut lanceam.* (1, Reg., capítulo XIII.)

Hasta aquí litigué contra el disertante con aquellas dos especies de argumentos que los lógicos llaman *de retorsion* y *ab absurdis*. De aquí adelante usaré tambien de pruebas directas. Y la primera tomaré de algunas noticias domésticas, esto es, de mi religion, que me presenta nuestro monje don Juan de Mabillon, en su tratado *De los estudios monásticos*. Notoria es á los eruditos la disputa que este gran crítico tuvo con el abad de la Trapa, Armando Juan Bouthillier de Rancé, sobre asunto que se roza con el que tengo entre manos. Pretendia el famoso restaurador de la primitiva áspera observancia de el monasterio de la Trapa, que el estudio de las ciencias era opuesto, no en general á la práctica de la piedad cristiana, que tan grande empresa estaba reservada para nuestro moderno disertador, sino á la observancia monástica, tomando esta voz en la rigurosa acepcion, porque el asunto de el abad Rancé no se extendia á otros institutos religiosos, en cuyo destino se mezcla la vida activa con la contemplativa. Al contrario, Mabillon se empeñaba en persuadir que la aplicacion á las ciencias, bien léjos de ser opuesta á la observancia monástica, era conducente para su fomento y conservacion; y á este intento escribió dicho tratado *De los estudios monásticos*, que hoy tenemos traducido en castellano en dos pequeños tomos. Es infinito lo que en este escrito se halla favorable á mi intento en la presente cuestion; mas por no ser prolijo, sólo me aprovecharé de algunas pocas noticias, las que me parezca que vienen más derechamente al asunto.

En el capítulo segundo de la primera parte prueba el padre Mabillon, «que el buen orden y economía que se estableció desde los principios en las comunidades monásticas no podia subsistir sin el socorro de los estudios.» En el tercero, «que sin este socorro de los estudios, los abades y superiores no pueden tener las calidades necesarias para el buen gobierno.» En el quinto, «que los grandes hombres que han florecido entre los monjes son una prueba grande de que se cultivaron las ciencias en sus casas.» En el sexto, «que las librerías de los monasterios son invencible prueba de los estudios que en ellos se practicaban.» En el séptimo, «que los estudios fueron establecidos por el mismo san Benito en sus monasterios.» En el octavo, «que se puede contar entre las causas de la decadencia de la religion, la falta de estudios y de el amor á las letras.» En el noveno, «que en las diferentes reformas que se han hecho de la orden de San Benito, se ha cuidado siempre de restablecer los estudios.» En el undécimo, «que las academias ó colegios, que en todos tiempos ha habido en los monasterios de la orden de San Benito, son una prueba manifiesta de que los estudios se admitieron siempre en ellos.» En el duodécimo, «que ni los concilios ni los pápas jamas prohibieron los estudios á los monjes; ántes al contrario, los han obligado á profesarlos.»

Los referidos asuntos, siendo tan eficazmente proba-

dos, como se debe suponer de un crítico tan docto y tan exacto, como se sabe en todo el orbe literario fué don Juan de Mabillon, ofrecen várias reflexiones, que concluyentemente prueban no ser las ciencias opuestas, no sólo á la comun práctica de la virtud cristiana, mas ni áun, lo que es mucho más, á la observancia monástica y perfeccion religiosa. Pero son dichas reflexiones tan óbvias á todo el mundo, que haria yo injuria á los lectores en exponerlas.

Si acaso se me respondiere por el disertador, que los estudios que prueba y aprueba en los monasterios el padre Mabillon, serian de la teología mística y la moral, ó cuando más de la Sagrada Escritura, repongo, lo primero, que esto es ya conceder algo, y no poco. Lo segundo, que el estudio de la Sagrada Escritura y teología mística, destituido de todo otro estudio, comunmente es inútil, y en muchas personas arriesgado. ¿Con qué utilidad leerá la Escritura quien no lee sino la Escritura? Para la inteligencia de las letras sagradas, en muchas partes de ellas, es necesario el ministerio de las profanas. Y así se ve el mucho uso que hacen de éstas los mejores intérpretes de la Escritura. Los libros de teología mística son ocasionados á introducir absurdos errores en los que no han estudiado otra cosa, si no vela sobre ellos algun sabio director. ¿Qué concepto hará un devoto ignorante de aquellas uniones, transformaciones, identificaciones místicas, aniquilaciones de las potencias y áun de el propio sér, conyugios de la criatura y la Divinidad, la ebriedad espiritual, amor deífico, silencio de el corazón, etc.? Yo bien creeré que los más de los herejes que llaman alumbrados, no por error de el entendimiento, sino por depravacion de la voluntad, adherian á aquella abominable doctrina que practicaban; pero al mismo tiempo tengo por muy verisímil, que algunos, y no pocos, por caminar sin luz por aquellas alturas, ciegameamente torciesen de ellas hácia los precipicios.

Lo tercero, los argumentos de el padre Mabillon, no sólo acreditan el estudio de las divinas letras en los monasterios, mas tambien de las humanas. Aquel gran Casiodoro, que fundó en la Calabria el monasterio benedictino de Viviers, donde, cansado de el mundo y de los altos empleos en que Teodorico y otros reyes godos le habian ocupado, á los setenta años de su edad vistió en él el hábito monástico, le enriqueció con preciosa y grande biblioteca, que constaba de libros de todas facultades. ¿Cómo pudiera Casiodoro escribir los tratados, que dió á luz, de gramática, ortografía, retórica, dialéctica, filosofia, aritmética, música, geometría, astronomía, si no tuviese en su biblioteca libros de todas estas ciencias y artes? ¿Y diráse que un hombre de tan ilustres talentos ignoraba si era útil ó nociva á la observancia monástica la aplicacion á aquellas facultades? ¿O que dió los libros al monasterio sólo para que en él los comiese la polilla?

El venerable Beda dice, que el santo fundador y primer abad de su monasterio, Benito Biscopio, puso en él una numerosa biblioteca, trayendo, en diferentes viajes que hizo á Roma, innumerables libros de todos géneros de materias: *Innumerabilem librorum omnis generis copiam apportavit.*

El mismo venerable Beda, en el propio monasterio, profesó y enseñó á sus hermanos todas las ciencias, y tambien á los seglares, en la iglesia de York. Si Beda sabía y podia enseñar todas las ciencias, oigámoslo á Sixto Senense, cuyas son las siguientes palabras, hablando de él: «Varon instruido en todo género de ciencias, gramático, perito en las letras latinas y griegas, poeta, retórico, historiador, astrónomo, aritmético, cronógrafo, cosmógrafo, filósofo, teólogo; tan admirado de todos, que entre los doctores de aquel siglo corria como proverbio, que un hombre nacido en el último ángulo de el orbe, todo el orbe habia encerrado en su entendimiento.» San Anselmo y otros siguieron el ejemplo de el venerable Beda.

«Esta misma disciplina (en lo que va señalado con comitas al márgen copio literalmente las palabras de Mabillon) se extendió á todos los monasterios, así á los más antiguos, como á los que despues se fundaron, como á Glastembury, San Albano, Malbesbury, Croyland y otros; y en uno de éstos fué educado san Bonifacio, apóstol de Alemania, desde la edad de cinco años, y aprendió las ciencias que hizo despues enseñar en Fulda y Fritisland, que fueron dos de las primeras y más célebres academias de Alemania, con la Hirsfeldense; la cual, desde sus principios, tuvo cincuenta monjes. Casi al mismo tiempo florecieron las universidades de San Galo, de Richenaw, de Prumia, donde vivió el abad Richenon, y poco despues la de San Albano de Maguncia, la de San Máximo y de San Matías de Tréveris, la de Modeloe y la de Hirsuagia. Tritemio escribió el catálogo de los maestros, que enseñaron las letras en esta última. Débese añadir á todas estas academias la de Schafnabourgo, en que floreció el célebre cronógrafo Lamberto, monje de esta abadía.

«Al mismo tiempo que las ciencias comenzaron á florecer en Inglaterra con la religion, habia tambien célebres academias en Francia. Buenos testigos son la de Fontenella, debajo de san Urandillo y de san Ansberto; la de Floriaco, bajo la conducta de el bienaventurado Mommolo, ilustrada despues por Adrevaldo, Aymoyno, Abbon y otros; la de Lobbes, debajo de san Ursmero, y despues Batherio, Folquino, Herigero y sus sucesores. En los siglos VIII y IX y los siguientes florecieron las de Aniana y de San Cornelio Indense, debajo de el santo abad Benito. La de Corbeya en Francia, por ditinguir la de la de Corbeya en Sajonia, que no fué ménos ilustre; la Ferrariense, debajo de el sabio abad Lupo. La de San German Antisiodoreuse, debajo de Herico, maestro de Lotario el Menor, hijo de Carlos el Calvo y de Remigio, famoso profesor el siglo siguiente. La de San Miguel de Lorena, debajo de el abad Smaragdo; esto es, en tiempo de Ludovico Pio; y en fin, por abreviar, la Gemblacense, Beccense y Ebrulfense, de las cuales salieron infinidad de personas ilustres. Puede verse lo que sobre este punto escribieron monsieur Launoy, en su libro *De scholis*, y monsieur Joly, canónigo parisiense, en su tratado *De las escuelas.*»

Vea ahora el disertador si el estudio de las letras humanas se puede pensar que perjudica á la observancia religiosa, cuando en tantos monasterios religiosísimos se enseñaron á los monjes; cuando tantos varones, no